

## JOSEPH PÉREZ

## ESPAÑA Y EL ATLÁNTICO

*En el imperio español no se pone el sol.* Aquella frase tan repetida se hizo común probablemente a mediados del siglo XVI. Se la suele interpretar de una manera bastante vulgar para dar a entender que el poder de España y de su monarca se extendía en todas las partes del orbe. En realidad, el dicho tiene un alcance muy distinto; pertenece a una visión providencialista de la historia. En el libro bíblico apócrifo de Daniel se encuentra la idea profética de cuatro monarquías que están destinadas a dominar sucesivamente el mundo. De ahí arranca la antigua teoría histórica que identifica estas cuatro monarquías con los imperios más importantes: asirio o caldeo, persa, macedonio y romano, teoría que forma parte integrante del ideario mítico del mundo occidental hasta por lo menos el siglo XVII<sup>1</sup>. Estos imperios han venido ocupando sucesivamente la hegemonía política y cultural y se da la casualidad de que surgen al este y se suceden de este a oeste, hasta aquel finis terre que constituye la Península Ibérica<sup>2</sup>.

La teoría no carece de fundamento aparente: las grandes civilizaciones del mundo occidental han nacido todas a orillas del Mediterráneo, primero en Levante, luego en zonas siempre más occidentales: judíos, fenicios, egipcios, griegos, romanos, árabes... De ahí la interpretación en un sentido providencialista de la profecía de Daniel, interpretación que Nebrija, en un libro publicado en Burgos hacia 1499 (*Muestra de la historia de las antigüedades de España*) resume de este modo: «Así como con el mo-

vimiento del cielo todos los reinos y monarquías comenzaron en levante y por las Indias y Asirios y después por la Grecia e Italia fenecieron en el poniente». La misma idea viene expresada, en 1524, por otro humanista, Hernán Pérez de Oliva, en un razonamiento dirigido al Ayuntamiento de Córdoba para animarle a facilitar la navegación por el río Guadalquivir. El maestro Oliva hace un vibrante elogio del mar y de la navegación, fuente de riqueza y de cultura<sup>3</sup>. A continuación, Oliva llama la atención sobre las consecuencias de los descubrimientos recientes. Hasta 1492, España ocupaba el finis terre de Europa; ahora se ha convertido en el promontorio para el nuevo mundo y esta situación excepcional puede conferirle la hegemonía y el imperio universal. La traslación de



Hernán Cortés

este a oeste en la marcha de la historia se está terminando en beneficio de España<sup>4</sup>. Es la idea de que el centro político universal se desplaza siguiendo el curso del sol, de oriente a occidente. Como lo presentía Nebrija, los españoles están uniendo oriente con occidente por vía marítima; el imperio universal está a su alcance; la civilización, surgida en las costas orientales del Mediterráneo, se centra ahora en la zona occidental y de allí teóricamente no debería pasar.

El razonamiento de Pérez de Oliva está fechado en 1524, cinco años después de la elección del rey de Castilla y Aragón al imperio, un rey cuya divisa -Plus Ultra-, que, en principio, no congenia ninguna alusión a las columnas de Hércules, no pudo menos de cobrar pronto una resonancia y una significación nueva cuando Hernán Cortés inició la conquista de México<sup>5</sup>. El mismo Cortés, en la segunda *Carta de relación*, fechada en 30 de octubre de 1520, es decir una semana después de la coronación de Carlos V en Aquisgrán (23 de octubre), anima al soberano a sacar las consecuencias de lo ocurrido en el Nuevo Mundo: «He deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas desta tierra, que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo Emperador della y con título y no menos mérito que el de Alemania que por la gracia de Dios Vuestra Sacra Majestad posee»<sup>6</sup>.

Desde 1492 la faz del mundo está cambiando. Los descubrimientos y conquistas realizadas por portugueses y castellanos confieren un protagonismo inédito a los puertos del Atlántico, no sólo a Sevilla, sino también a Lisboa y Amberes que parece que van a desplazar a Venecia como centro de redistribución de las especias y otros productos de Oriente. Todos aquellos datos apuntan hacia una fase expansiva del Atlántico. Pero las promesas no se van a cumplir, por lo menos no se van a cumplir en seguida. Durante el

reinado de Carlos V, el Atlántico no logra todavía imponerse en las perspectivas geopolíticas de los gobernantes. Carlos V sigue siendo el soberano de un imperio predominantemente continental y vuelto hacia el este más que hacia el oeste, hacia el Mediterráneo más que hacia el Atlántico.

La cosa se comprende fácilmente. El mayor enemigo que va a tener Carlos V es el imperio turco, un imperio que, desde que conquistó Constantinopla, en 1453, prosigue un avance prodigioso por el Mediterráneo oriental hasta amenazar con someter toda la Europa central. El libro clásico, antiguo pero no anticuado, que Leopoldo von Ranke publicara en 1837 sugiere ya por su mismo título -*Die Osmanen und die spanische Monarchie*- lo que está en juego: la preponderancia en Europa; esta lucha es la que explica el enfrentamiento secular entre los Osmanlís y los Austrias. Tanto o más que la Reforma luterana, los turcos constituyen, para la Cristiandad europea del siglo XVI, un inmenso peligro al que Carlos V, como jefe de la misma Cristiandad, tenía que enfrentarse ya que en su avance amenazaba con terminar con la civilización occidental. El poder de los Osmanlís llega a unas cuotas muy elevadas con el reinado de Solimán el Magnífico (1520-1566) que coincide casi exactamente con el del emperador Carlos V. La amenaza apunta por dos partes:

-Los turcos atacan directamente en el Mediterráneo oriental y en los territorios del sudeste del imperio. En 1516, se habían hecho dueños de Siria, en 1517 de Egipto; en 1522 se apoderan de la isla de Rodas, sede de la orden hospitalaria de San Juan. El mismo Solimán invade poderosamente los Balcanes, tomando Belgrado en 1521 y avanzando por Hungría. En 1526, las tropas cristianas quedan derrotadas en Mohacs y Buda es ocupada por los turcos. Prosiguiendo su avance, el formidable ejército de Solimán llega en 1529 hasta las

mismas puertas de Viena. La contraofensiva en la que participan activamente el hermano del emperador, Don Fernando, rey de Bohemia y Hungría, y los infantes y jinetes españoles del marqués del Vasto logra detener el avance de los turcos y salvar Viena.

-En el Mediterráneo occidental, encuentran los turcos unos aliados valiosos: los corsarios berberiscos instalados en el norte de África. El más temible de aquellos corsarios fue Barbarroja. Este, después de ocupar Argel en 1529, se había adueñado de Túnez en 1534. Desde allí, sus huestes sembraban el terror en el Mediterráneo, atacando los barcos mercantes y capturando en las costas hombres y mujeres que se vendían como esclavos en el norte de África.

Frente a los turcos y a sus aliados, los corsarios berberiscos, Carlos V actuó como baluarte de la civilización cristiana<sup>7</sup>. Así lo pensaron varios humanistas del siglo XVI. Para aquel sector -muy minoritario, todo hay que decirlo-, la lucha contra el turco debía ser una prioridad y Carlos V se comportaba en esta ocasión como



Hernando de Magallanes

el defensor de una forma de civilización amenazada por la barbarie del enemigo<sup>8</sup>.

Para desalojar a Barbarroja de Túnez, Carlos V, que, desde 1530, contaba con la alianza genovesa del almirante Andrea Doria, montó una expedición impresionante en julio de 1535 con una armada de setenta y cuatro galeras, treinta naves de menor calado y trescientos barcos de transporte. Parte de la nobleza española se pone al frente del ejército que va a desembarcar (don Luis de Ávila, don Diego Hurtado de Mendoza, Garcilaso de la Vega, el hermano del rey de Portugal, el infante don Luis...). El pintor Vermejen también está presente; a él se deben los cartones de los tapices encargados por el emperador, doce tapices conservados ahora en el Alcázar de Sevilla. El emperador entra en Túnez el 21 de julio y da libertad a más de diez mil cautivos cristianos. Carlos V emprende el viaje de regreso el 17 de agosto, en un ambiente de gloria y de entusiasmo: se habla de una nueva guerra púnica, de cruzada; se evoca el recuerdo de San Luis, de Escipión el Africano...

Este triunfo sólo representó un breve respiro; los berberiscos volvieron pronto a representar una amenaza. La Santa Liga que se había formado en 1538 entre el emperador, el Papa y Venecia se disuelve ante la negativa del rey de Francia Francisco I a romper su alianza con el Turco. Carlos V montó solo otra expedición contra Argel, en 1541, ésta también con fuerzas importantes, pero la estación -otoño- no era muy favorable; Carlos V prefirió renunciar<sup>9</sup>.

A las expediciones a Túnez y Argel, convendría añadir además las varias tentativas de España a fin de ocupar presidios y plazas fuertes en el norte de África: Melilla en 1497, Mers-el-Kebir en 1506, Orán en 1506, Bona y Trípoli en 1510, sin hablar de los fracasos en Djerba -los Gelves-. Todo ello nos hace ver la impor-

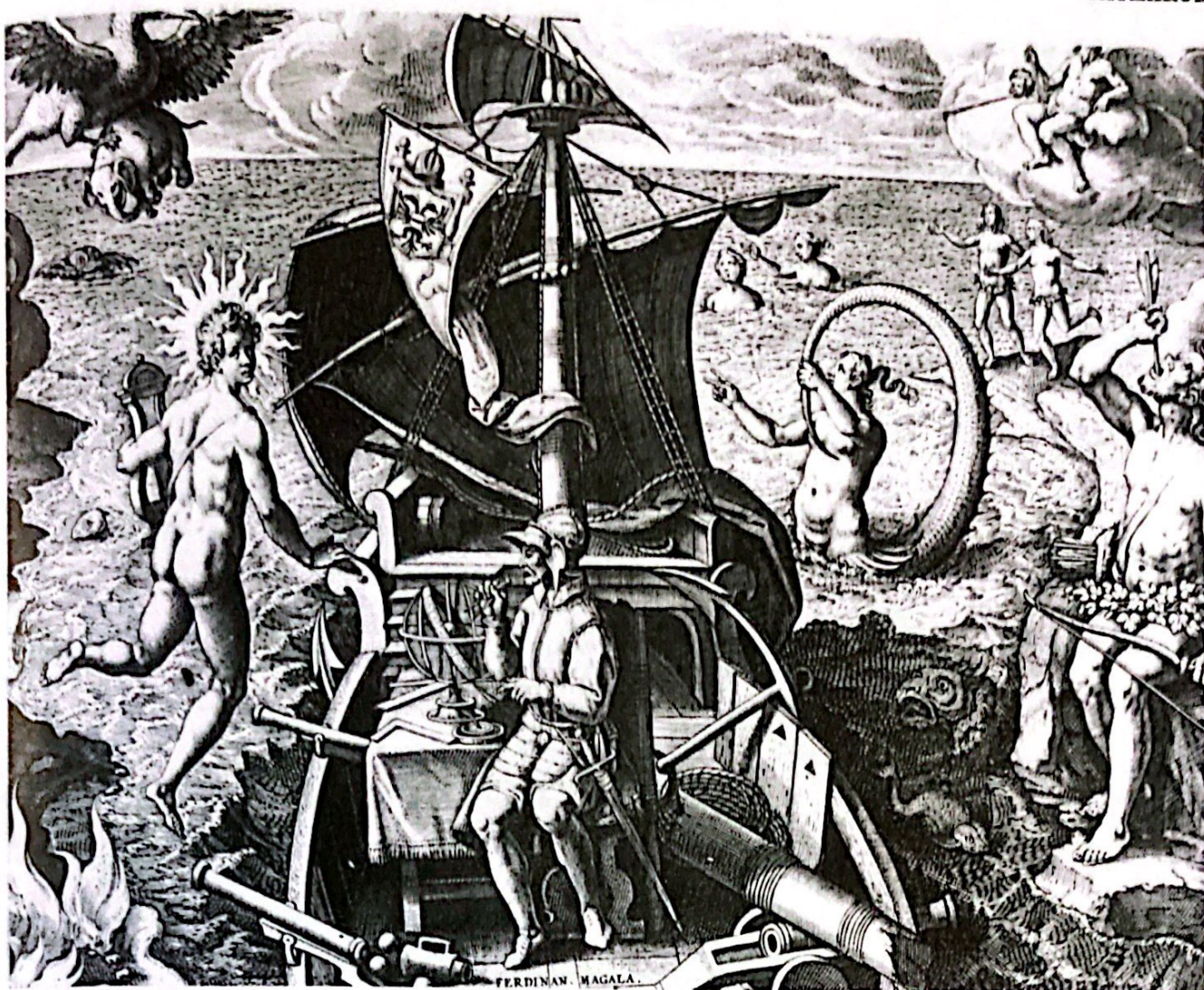
tancia geopolítica del Mediterráneo en tiempos del emperador. América y el Atlántico vienen muy detrás en las preocupaciones, no sólo de Carlos V, sino de sus contemporáneos. Como apunta el profesor Elliott <sup>10</sup>, en el siglo XVI, «Los europeos sabían algo, desde luego vago y disperso de África y de Asia; pero de América y de sus habitantes no sabían nada [...]. La realidad de la existencia de América y su gradual aparición como una entidad de derecho propio, más que como una prolongación de Asia, constituyó un desafío a todo un conjunto de tradicionales prejuicios, creencias y actitudes. La grandeza de este desafío nos da la explicación de uno de los hechos más sorprendentes de la historia intelectual del siglo XVI: la aparente lentitud de Europa para hacer el adecuado reajuste mental a fin de encajar a América dentro de su campo de visión. A primera vista, la existencia de un lapso de tiempo entre el descubrimiento de América y la asimilación de tal descubrimiento por Europa no aparece perfectamente delimitada».

Desde luego, los descubrimientos y las primeras conquistas dieron lugar a muchos comentarios en Europa. La carta de Colón para anunciar el descubrimiento se imprimió nueve veces en 1493 y en 1500 contaba ya con unas veinte ediciones. Pedro Mártir de Anglería comenta el acontecimiento y es el primero en hablar de un mundo nuevo al referirse a las islas y tierras a las que acaban de llegar los primeros europeos. Descubridores y conquistadores publican a su vez libros y crónicas para contar sus aventuras y sus viajes; todo ello testimonia la gran curiosidad e interés alcanzados por las noticias de los descubrimientos en la Europa del siglo XVI y la frase de Gómara (1552), al dedicar a Carlos V su *Historia general de las Indias*, dice muy bien la magnitud del acontecimiento: «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y

muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias».

Pero estos hechos no deben ocultarnos la realidad: la mayoría de los europeos - incluso los más cultos- siguen ignorando o desconociendo América; en el siglo XVI, se dedica a los turcos y a Asia cuatro veces más libros que a América. Muchos humanistas siguen describiendo el mundo como si se tratara del de Estrabón, de Ptolomeo o de Pomponio Mela. Sólo daré aquí un ejemplo, el que nos ofrece el médico segoviano Andrés Laguna (1511?-1559), figura relevante de la España de Carlos V; en Salamanca y en París ha estudiado latín, griego y medicina; humanista, siente gran admiración por Erasmo. Al final del *Discurso sobre Europa* que pronuncia en enero de 1543 en Colonia, Laguna ha puesto una breve descripción del mundo y de Europa. Dice textualmente: *Totus terrarum orbis, qui habitabilis est, in tres plagas sive regiones distinguitur: Europam, scilicet, Asiam et Lybiam*. Notemos de paso que, para Laguna, África no es más que la región situada en frente de Italia; para designar lo que llamamos África, él prefiere usar la palabra Lybia, como Aristóteles. Pero lo que más llama la atención es que Laguna no menciona América, lo cual dice mucho, no sobre su ignorancia al respecto (es imposible que no se haya enterado de los descubrimientos), sino sobre la rutina de ciertos humanistas que, a la hora de componer un escrito de carácter académico, siguen aferrados a las concepciones heredadas de la Antigüedad clásica. Dista mucho entre la noticia que se tiene de algún invento o novedad y la integración de las mismas en el horizonte cultural del que escribe. ¿Cómo extrañarnos en estas condiciones al ver que en sus *Memorias* Carlos V no dice ni una palabra de América?

No olvidemos tampoco que la conquista del imperio americano - México y Perú, sobre todo- no costó casi nada a la corona. Sólo las expediciones de Colón tu-



*El viaje de Magallanes todavía suscitó imágenes de criaturas fabulosas y hechos sobrenaturales*

vieron una financiación con fondos públicos. Después, la norma es la autofinanciación de las conquistas que se dejan, con contadas excepciones, a la iniciativa privada, limitándose la corona a conceder las autorizaciones necesarias <sup>11</sup>.

Desde la época de los Reyes Católicos, el tráfico comercial con las Indias estaba concentrado en Sevilla y en la Casa de la Contratación. Sevilla siguió conservando aquel monopolio en tiempos de Carlos V, a pesar de los que hubieran preferido trasladarlo total o parcialmente en el Cantábrico, lo cual hubiera significado un mayor interés por los aspectos atlánticos del imperio en general y del imperio colonial en particular. El 4 y el 11 de diciembre de 1520, en plena rebelión comuna, la ciudad de La Coruña hace gala de su lealtad a la corona y aprovecha la oportunidad para pedir que se cree allí una Casa de la Contratación, ya que la zona

ofrece «muy aparejado lugar, ansy por el sitio y oficiales para las naos que en ella ay como por las cosas para fornymiento e bastimentos dellas fueren necesarias se podieran aver muy mejor e más presto que en otra parte» <sup>12</sup>. El memorial que se envía en esta ocasión a la corte expone las ventajas que ofrece La Coruña:

- «mayor disposición del puerto»;
- «mayor proximidad a Flandes, Inglaterra, Francia, Alemania, Escocia, Dinamarca y Noruega», principales clientes;
- «allí se podrían hacer muchas naos y repararlas» porque hay montes y hierro, mientras «en Andalucía no habría manera de hacer las naos, ni hay montes para ello, y costarían dos tantos más que en La Coruña»;
- por fin, «el agua dulce de Sevilla cría mucho gusano y salen las naos comidas» <sup>13</sup>.

Llaman la atención algunos de los

argumentos utilizados: La Coruña parece mejor situada para el comercio internacional, dada su «proximidad a Flandes, Inglaterra, Francia, Alemania, Escocia, Dinamarca y Noruega», principales clientes. No se alude para nada a las Indias que, en aquel momento, todavía no constituyen un aliciente suficiente ni representan un mercado importante. De creer a Carande, son motivos idénticos los que animan a Carlos V, en 1522, cuando el emperador, deseoso de acortar la distancia y los costes de transporte a los Países Bajos y al mercado de Amberes, pensó seriamente en segregar de la competencia de la Casa de Sevilla lo de las Molucas y hacer de La Coruña la sede de aquel comercio<sup>14</sup>. El proyecto se vino abajo después de las negociaciones con Portugal que terminarían con la cesión de las islas. Entonces se vio definitivamente confirmado el monopolio de Sevilla para las comunicaciones con las Indias. Pero no hay que olvidar que, en la zona de Sevilla, desde el siglo XII por lo menos, es decir, mucho antes del primer viaje de Colón, se notaba la presencia de marinos y hombres de negocios experimentados en actividades comerciales, que o bien montaban expediciones hacia las costas atlánticas de África y las islas vecinas o bien veían en Sevilla una etapa entre el Mediterráneo y la Europa del norte. En este aspecto del gran negocio comercial, el Mediterráneo sigue siendo un eje nada despreciable y Carlos V no tiene más remedio que tenerlo en cuenta.

La situación sólo empieza a cambiar hacia 1540. El año anterior, Venecia ha firmado una paz con los Turcos. Sin la fuerza naval de Venecia, Carlos V no puede emprender ningún ataque serio en el Mediterráneo que queda así más o menos abandonado a los Turcos durante más de un cuarto de siglo hasta la victoria cristiana de Lepanto, el 7 de octubre de 1571. Por las mismas fechas, en 1545, se descubren las fabulosas minas de plata de Potosí. En

1554, se utiliza por primera vez el mercurio para acrecentar en enormes proporciones la producción de plata. Entonces es cuando las remesas de Indias empiezan a desempeñar un papel fundamental en la financiación de la política imperial. Durante la primera mitad de la centuria, estas remesas habían sido llamativas, desde luego -tesoros, piedras preciosas, perlas, oro, plata...-, pero relativamente modestas. Eran las minas de Alemania, de los Alpes y de Hungría las que abastecían principalmente el precioso metal a los mercados financieros y capitalistas. Así se comprende el papel de los banqueros de Augsburgo, los famosos Fúcares. Hacia 1550, las minas de México y del Perú toman el relevo con cantidades más y más crecientes. Sevilla, puerto de llegada de las remesas indias, se convirtió en el nervio del capitalismo europeo. Los banqueros genoveses desplazaron a los Fúcares y el interés pasa del Mediterráneo al Atlántico.

Carlos V no verá el final de aquella evolución. Es con su hijo y sucesor, Felipe II, con quien el imperio hispánico se convirtió verdaderamente en imperio atlántico. Este monarca, tantas veces tachado de anacrónico, se anticipó, con visión estratégica global, a valorar la importancia de un sistema oceánico y dar así sentido a la dominación de las dos orillas continentales -España y América-. La Monarquía de Felipe II fue mucho más dilatada, más coherente, más proyectada hacia el Atlántico, lo que inevitablemente debía llevar al enfrentamiento con Inglaterra, antagonismo, más político que religioso, pero en una época en la que tan mezcladas estaban la política y la religión, el aspecto ideológico dio la impresión de pasar al primer plano cuando en realidad de lo que se trataba era de la hegemonía marítima en el Atlántico. Lo mismo que, en tiempos de Carlos V, el problema esencial giró en torno a si el Mediterráneo debía ser turco o cristiano, después de 1571 la cues-



Detalle del gran viaje de Magallanes. Muestra del estrecho por donde cruzó al otro lado del continente americano

ción fue la de saber si el Atlántico iba a ser católico o protestante. Carlos V no le hizo caso a la sugerencia de Hernán Cortés y nunca se proclamó emperador de las Indias. Felipe II pensó en dos ocasiones, en 1563, luego en 1583, en titularse emperador de las Indias, pero la cosa no pasó de ser un simple proyecto; la monarquía siguió siendo pues sustancialmente europea, pero Felipe II dio un paso importante en esta dirección. El acuñó en sus monedas el título de «*Hispaniarum et Indiarum Rex*». Ordenó la reforma del Consejo de Indias que llevó a cabo Juan de Ovando y procuró sacar mayor provecho de las minas, mejorando para ello el rendimiento y el suministro de mano de obra. Esta fue la misión encomendada al virrey del Perú, Francisco de Toledo, con la institución de la mita indiana<sup>15</sup>.

Al tratar de dar un contenido efectivo a la idea imperial que hasta entonces

tenía un aspecto meramente nominal y moral, Carlos V soñó en una utopía política: este intento por cumplir un alto ideal coordinando la acción de los príncipes cristianos y salvando la unidad espiritual de Occidente venía tarde. La Cristiandad estaba entonces a punto de desaparecer y Europa, en el sentido cultural de la palabra, como forma original de civilización, todavía tardaría un siglo en deslindarse. Al intentar dar vida a unas perspectivas que a muchos les parecían ya anticuadas, Carlos V da la impresión de conformarse a un ideario fundamentalmente medieval. Durante su reinado se llevaron a cabo las conquistas de extensos territorios en América. Carlos V recibió personalmente a Magallanes, al padre Las Casas, a Hernán Cortés, a Pizarro; su confesor, fray García de Loaysa, fue durante unos años presidente del Consejo de Indias y, sin embargo, el Nuevo Mundo ocupó muy

poco lugar en las preocupaciones del emperador que seguía viviendo, a pesar de todos los descubrimientos, en un universo para él familiar. Este es otro de los matices que se pueden señalar en las perspectivas universalistas de Carlos V.

En 1598, un siglo después del descubrimiento de América, el jesuita español José de Acosta señalaba lo que para él constituía una imperfección: hasta la fecha -escribía- no se ha descubierto en el nuevo mundo otro Mediterráneo como el que existe entre Europa, Asia y África<sup>16</sup>. Esta sentencia pone de relieve el inmenso prestigio de que gozaba el Mediterráneo todavía a finales del siglo XVI; el Mediterráneo seguía siendo el centro del mundo. Las cosas, sin embargo, están a punto de experimentar un cambio total de perspectivas. Los descubrimientos portugueses, a finales del siglo XV y principios del XVI, ya habían desplazado de Venecia a Lisboa, del Mediterráneo al Atlántico, el comercio de Asia. En la segunda mitad del XVI, este cambio de perspectiva se confirma: ahora es en torno a Amberes, Amsterdam, el mar del Norte, donde se sitúa el eje de la economía europea. Nuevo rey de Portugal, Felipe II se instala durante unos años en Lisboa, al borde del Atlántico, como si éste fuera un mejor observatorio para los asuntos políticos. Nuevas potencias surgen en el norte de Europa, lejos del Mediterráneo: Holanda, Inglaterra, Francia...Hacia 1580, los acontecimientos obligan a España a dirigir sus miradas, sus ejércitos, sus esfuerzos hacia el Atlántico y hacia el norte. Lepanto (1571) es la última gran acción militar y política que tenga su escenario en el Mediterráneo: la guerra con Flandes, la rivalidad con Inglaterra (expedición llamada de la Invencible Armada en 1588) son otras tantas expresiones de este cambio de perspectiva. El eje político sigue situándose en Italia, pero no en la Italia mediterránea, sino en la Italia del norte, concretamente en Milano,

donde confluyen las tropas y el dinero de España para, desde allí, dirigirse a los nuevos puntos estratégicos, todos situados lejos del Mediterráneo. La guerra de los Treinta Años y los tratados de Westfalia (1648) terminan con la hegemonía política de España y la hegemonía cultural de Italia en Europa; ahora ya no son naciones mediterráneas las que ocupan la primacía política, científica, cultural: son Holanda, Inglaterra, Francia, pero una Francia más atlántica y nórdica que mediterránea. El norte parece desde entonces sobreponerse al sur, ser fuente de riqueza, de desarrollo, de bienestar y cultura, evolución que curiosamente podemos seguir observando en nuestros días. Piénsese en el contraste entre una Italia nórdica industrializada y una Italia meridional subdesarrollada en medio de sus monumentos y de su pasado glorioso. Piénsese en otro contraste a nivel continental, el que opone desde principios del siglo XIX la América de norte dinámica, eficaz, militante, y los territorios situados al sur del río Bravo, estos territorios antaño sede de opulentos virreinos, minas de oro y plata, hogaño sumidos en el atraso económico, las desigualdades sociales, la inestabilidad política.

Estos contrastes son los que han sugerido una interpretación de tipo temperamental e ideológico. En los siglos XVIII y XIX y parte del XX, bajo la influencia de autores anglosajones, se insistía mucho en la superioridad del protestantismo sobre el catolicismo. El mundo moderno, el del capitalismo, de la ciencia, de la técnica, de la eficacia, sería un producto de la Reforma, lo cual explicaría el atraso de las naciones que en el XVI siguieron fieles al catolicismo tradicional. Hoy en día, esta interpretación está cada vez más discutida, sobre todo porque descuida otro elemento. No son sólo las naciones católicas, España, Italia, las que, a partir del XVII, dan la impresión de quedarse a la zaga en la marcha



al progreso; el imperio turco también sufre la misma evolución. Los turcos, tan presentes y activos y amenazadores hasta Lepanto por lo menos, también pasan a segundo plano a partir del XVII, es decir, es el Mediterráneo el que, desde entonces, deja de ser el centro del mundo como lo había sido durante tantos siglos. El Atlántico acaba desplazando al Mediterráneo como foco de dinamismo e innovación. Estamos frente a algo todavía misterioso y que hasta la fecha no ha suscitado respuesta adecuada. Como lo presentía la profecía de Daniel, el foco civilizador o la capacidad de conducir la historia parece efectivamente desplazarse de oriente a occidente. En el siglo XVII, este foco civilizador remonta hacia el norte de Europa, hasta las naciones anglosajonas; luego pasará a la costa este de Estados Unidos; ahora se situaría más bien en la costa oeste, en California... ¿Demuestran estos desplazamientos la antigua teoría de la sucesión de los imperios? Encierran sin embargo una verdad: los focos de civilización no son eternos ni permanentes; se agotan; se desplazan sin que sepamos decir exactamente por qué<sup>17</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> Se puede leer todavía en el *Discours sur l'histoire universelle* de Bossuet.

<sup>2</sup> Así entendida, la frase *En el imperio español no se pone el sol* «tiene más sentido que el de una simple descripción geográfica, supone la permanencia de un Imperio que ha completado el círculo» (Domingo YNDURAIN, «La invención de una lengua clásica», en *Edad de Oro*. Universidad autónoma de Madrid, I, 1982, pág. 32 nota).

<sup>3</sup> «El mar [...] hizo Dios para el servicio de los hombres, no para cumplimiento de bienes, sino por necesidad de la vida, que sin él en todas partes fuera rústica y desproveída porque no hay cosa que más haga a los hombres valer que poderse fácilmente pasar a aquellos lugares a do algún provecho pueden recibir, lo cual por beneficio de los mares se alcanza, que nos dan fácil camino a doquier que pasar queremos. De aquí viene que los bienes de los hombres se comunican y se repartan; de aquí nace que las disciplinas se publiquen; de aquí procede que las industrias halla-

das en diversas naciones para hacer más fácil la vida de los hombres se ayunen todas en una región. Ciertamente, señores, si el mar de todas maneras consideráis, hallaréis en él más provechos que arenas [...]. Los navíos cuyas velas no son lino, más son alas que Dios permitió los hombres tuviesen con que el mundo rodeasen».

<sup>4</sup> «Antes ocupábamos el fin del mundo y ahora estamos en el medio con mudanza de fortuna cual nunca otra se vio. Hércules, queriendo andar el mundo, en Gibraltar puso fin [...]. Ahora ya pasa sus columnas el gran poder de nuestros príncipes [...]. Tierras y gentes sin fin que de nosotros tomarán religión, leyes y lengua. Estas serán siempre obedientes a España, que por madre tendrán de todo el bien que de aquí adelante hubieren. Así que el peso del mundo y la conversación de las gentes a esta tierra acuesta [...]. Como hubo en los tiempos pasados que al principio del mundo fue el señorío en oriente, después más abajo en la Asia. Después lo hubieron persas y caldeos; de ahí vino a Egipto, de ahí a Grecia y después a Italia, postrero a Francia. Ahora de grado en grado viniendo al occidente, pareció en España [...] sin partir ya de aquí do lo ataja el mar y será tan bien guardado que no pueda huir. Vosotros, pues, señores, aparejaos ya a la gran fortuna de España que viene». («Razonamiento que hizo el maestro Fernán Pérez de Oliva en el ayuntamiento de la ciudad de Córdoua sobre la nauegación del Río Guadalquivir», fols. 129-139 de las *Obras del maestro Fernán Pérez de Oliva* publicadas por Ambrosio de Morales, Córdoba, 1586).

<sup>5</sup> V. Marcel BATAILLON, «Plus oultre: la Cour découvre le Nouveau Monde», en *Les Fêtes de la Renaissance*, II: *Fêtes et cérémonies au temps de Charles-Quint*. París, C. N. R. S., 1960, p. 13-27.

<sup>6</sup> Hernán CORTÉS, *Cartas de Relación*. Ed. Ángel DELGADO GÓMEZ. Madrid, Clásicos Castalia, 1993, p. 161.

<sup>7</sup> Este aspecto de la personalidad del emperador aparece exaltado en dos obras contemporáneas, ambas representativas de la España humanista de la primera mitad del siglo XVI, la una es el *Discurso de Europa* del doctor Laguna, pronunciado en Colonia, el domingo 22 de enero de 1543; la otra el anónimo *Viaje de Turquía* redactado hacia 1555 y que algunos críticos atribuyen también a Laguna.

<sup>8</sup> Entre ellos, François Baudouin (1520-1573), natural de Arras y por lo tanto vasallo del emperador; consideraba que Europa y Cristiandad eran términos equivalentes, que la lucha contra el turco debía ser una prioridad y que Carlos V era el campeón de Europa contra la barbarie; v. Geneviève Demerson, François Baudouin et l'idée d'Europe, en *La Conscience européenne au XV<sup>ème</sup> et au XVI<sup>ème</sup> siècle*. París, 1982 (Collection de l'École normale supérieure de jeunes filles, 22), p. 132-143. Otro autor que emplea respublica christiana y Europa como conceptos equivalentes es Louis Le Roy en su *Oratio de pace et concordia* (1559), publicada después de la paz de Cateau-Cambresis: el mundo cristiano se confunde con las dimensiones de Europa

## CATHARUM

y la obligación de los cristianos es echar a los turcos fuera de Europa; v. Claude Longeon, en *La Conscience européenne, op. cit.*, p. 227-234.

<sup>9</sup> «Por no aventurar lo que le había quedado determinó de hacer embarcar la gente en unas naves» (SANTA CRUZ, IV, 120-123).

<sup>10</sup> ELLIOTT (J. H.), *El viejo mundo y el nuevo. 1492-1650*. Madrid, Alianza ed., 1970

<sup>11</sup> Las capitulaciones -para descubrir, para conquistar o para poblar- constituyen las bases jurídicas de las conquistas; no se trata de contratos, sino de licencias o mercedes; la corona se reserva el derecho a nombrar funcionarios que administren los territorios conquistados. El jefe de la expedición -verdadero empresario- tiene que arreglárselas y reunir los fondos necesarios para comprar los barcos, las armas, el material, pagar el personal, etc. De ahí vino el resentimiento de muchos conquistadores, cuyo ejemplo más célebre fue el del famoso Lope de Aguirre, quien, en plena selva amazónica, le declara la guerra a Felipe II: *Mira, rey español, que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reynos de España, sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reynos y señoríos como en estas partes tienes; y mira, rey y señor, que no puedes llevar con título de rey justo ningún interés en estas partes donde no aventuraste nada sin que primero los que en ellas han trabajado y sudado sean gratificados*. En realidad, sí que participa la corona a la financiación de las expediciones de conquista, pero lo hace de manera indirecta, otorgando ayudas de costa a ciertos conquistadores (Pizarro y Almagro se han beneficiado de tales ayudas). Otra manera de financiar indirectamente las conquistas es otorgar a conquistadores determinados oficios (alcaldes, adelantados, gobernadores, capitanes generales...) o concederles tierras y vasallos, pero en esto la corona se muestra muy prudente; también se

dan incitaciones fiscales (exención de derechos de aduanas o alcabalas, autorizaciones para introducir esclavos sin pagar los derechos correspondientes)...

<sup>12</sup> Archivo General de Simancas, *Patronato Real*, leg. 1 fol. 79.

<sup>13</sup> Archivo General de Simancas, *Diversos de Castilla*, lib. 9 fol. 2. («Las cabsas por do V. M. verá que cumple a su servicio que lo de la negociación de lo de la especiería asiente la casa de la contratación della en la cibdad de La Coruña»).

<sup>14</sup> CARANDE [6], pp. 383 y 434), cédula de 22 de diciembre de 1522

<sup>15</sup> Había que incrementar la producción de plata, lo que suponía reabrir el debate sobre el tema del trabajo indígena, que parecía inevitable que se impusiera de forma compulsiva en contra de los principios sobre los que se había planteado la evangelización. En una junta de octubre de 1570, Toledo trató de convencer a los prelados del Perú: al rey le incumbía defender la Cristiandad contra los herejes; «es muy notorio que para este efecto forzosamente ha de ser favorecido de sus vasallos, tierras, frutos y aprovechamientos dellas...» Y los prelados dieron su conformidad... María Concepción Bravo Guerreira, *La consolidación de las instituciones americanas: el ejemplo del virrey Francisco de Toledo, en congreso Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo VI: *Las Indias*. Madrid, 1998, p. 152)..

<sup>16</sup> *Historia natural de las Indias*, frase que F. Braudel pone como epígrafe general a su gran libro sobre *El Mediterráneo*.

<sup>17</sup> Escribía Ernest LAVISSE hacia 1900: «Toute force s'épuise; la faculté de conduire l'histoire n'est point une propriété perpétuelle. L'Europe, qui l'a héritée de l'Asie il y a trois mille ans, ne la gardera peut-être pas toujours».